

Discurso del Presidente de la República en Inauguración de la 108ª Conferencia de la Unión Interparlamentaria
SANTIAGO, 6 de abril de 2003

Amigas y amigos:

Es un honor para mí darles la bienvenida a Chile. Ustedes representan la diversidad de las naciones y la voluntad de trabajar juntos por un mundo mejor.

Así ha sido, como recién lo recordaba el senador Páez, desde 1889, cuando por iniciativa de dos parlamentarios, el británico William (Randal) Cremer y el francés Frédéric Passy, se creó la Unión Interparlamentaria Mundial. Fue un acto de justicia el que ambos pioneros del diálogo y del trabajo conjunto, años después recibieran el Premio Nóbel de la Paz.

Esta Asamblea, que se realiza por segunda vez en Chile, en el Chile que recuperó la democracia, se hace en un momento difícil para la humanidad, un momento complejo y confuso a ratos.

Como señaló hace 15 siglos el poeta Imru' al-Qays, probablemente en el poema más famoso en lengua árabe, cuando dijo ¿Qué queda para afirmarse cuando el rastro está borrado?

¿Dónde encontramos hoy ese rastro? ¿Dónde y cuándo se perdió esa seña? Cuando hoy vemos el terrorismo como un actor internacional; cuando vemos miles de millones de personas cuyo presente es el hambre; cuando vemos que se desconoce por muchos el papel de los organismos multilaterales; cuando no somos capaces de lograr un consenso dentro del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas para evitar un conflicto; cuando el proteccionismo de unos pocos bloquea la liberalización del comercio mundial; cuando al amparo de regímenes dictatoriales se violan los derechos humanos de la población; cuando la intolerancia crea conflictos al interior de nuestras propias sociedades, de nuestras propias culturas; cuando, como dice aquel escritor, surge una mentalidad cerrada y estrecha... (que) rechaza todo lo que es diferente (Ryszard Kapuszinski)

Sin embargo, ¿dónde está el rastro? Estoy convencido que podemos encontrar el camino cuyo rastro a veces no se divisa.

La humanidad es más sabia. Culminó el siglo XX como un siglo de catástrofes y de enfrentamientos, pero también con una humanidad que empezó a ser capaz de crear instituciones que avizoran un mundo multilateral y global.

Por eso, en este momento cargado de peligros, creo que debemos levantar con más fuerza nuestra voz en defensa de una integración mundial que sirva a las personas, al ser humano, una integración desde y para las personas, donde el ser humano está en la base y es el principio ordenador de nuestras políticas, nuestras políticas públicas al interior de nuestros países, nuestra política exterior, fuera de nuestros países.

Fortalecer la democracia y el desarrollo humano, que es la tarea de este encuentro, significa reconocer que el propósito de nuestro actuar en política es, como siempre, el ser humano. De ahí surge todo.

Por ello creo tan importante darle continuidad a los logros –y no a las catástrofes– que alcanzó la humanidad en este siglo XX que termina, en ese siglo corto del que habla Hausbaum, entre la I Guerra Mundial de 1914 y 1989, con la caída del muro de Berlín.

Creo que uno de los grandes retos del presente y del futuro es abordar de una manera constructiva la diversidad cultural y avanzar en la búsqueda de valores compartidos, con respeto a la tolerancia y la diversidad.

Todos tenemos experiencias que mostrar y de las cuales estamos orgullosos. Aquí, en este lejano país al sur del mundo, hemos sido capaces de enriquecernos, a partir del encuentro civilizatorio de españoles y los que aquí habitaban el territorio, de sucesivas oleadas de emigrantes que hoy nos hacen un poco más diversos, pero donde hemos aprendido a convivir personas de distinto credo, de distinta etnia, de raíces diversas.

Una vez al año nos reunimos en una Iglesia en un servicio ecuménico, y ahí católicos y protestantes, judíos y musulmanes, todos juntos, agradecen el avance de lo logrado.

Por eso, creo que en este siglo XXI, si somos capaces de captar lo mejor del siglo XX, tenemos tareas concretas a las cuales abocarnos.

Es cierto, heredamos Naciones Unidas, primera tarea, pero la carta de Naciones Unidas corresponde al mundo y la realidad política de 1945, el mundo de la post guerra. Cómo actualizamos esa carta, cómo la aggiornamos y la ponemos a tono de las demandas de un mundo global distinto y de realidades políticas diferentes. Como dijo en el mensaje que envió el secretario general (de Naciones Unidas), cómo colocamos no solamente a los gobiernos sino que a las organizaciones no gubernamentales que representan la sociedad civil dentro del contexto de los organismos multilaterales. Segundo, cómo somos capaces de abordar el tema de una arquitectura económica, financiera y comercial absolutamente distinta a las instituciones que tenemos, que arrancan de los acuerdos de Bretton Woods. Allí surgió el Banco Mundial y el Fondo Monetario, para resolver los temas y los debates de 1944.

Cómo, en qué instancia, en qué foro, entre quiénes, debatimos una nueva arquitectura financiera internacional, que dé cuenta de las nuevas realidades. El tema no es el debate de Mr. White y Lord Keynes respecto de lo que había que hacer para los tipos de cambio y los flujos de mercaderías. Hoy día, en el clic de un computador desplazamos billones y trillones de dólares como flujos financieros en uno y otro sentido.

¿Estamos en condiciones de abordar aquello, o tendremos un mundo global sin reglas? Cuando hay una globalización sin reglas, es una globalización, en definitiva, donde imperan los más fuertes.

Por eso, además de los avances que hemos tenido en materia de libre comercio, que aplaudimos, nos preocupan los fracasos recientes como la última ronda en materia agrícola, después de los acuerdos de Doha.

Por eso, como aquí se ha recordado, el tema de la movilidad migratoria y del trabajo es un tema central. Por eso tenemos que avanzar una nueva institucionalidad internacional que sea capaz de proteger otros bienes públicos, como la vigencia de derechos humanos,

el medio ambiente, superación de pobreza, las desigualdades a través de un conjunto de instrumentos y reglas capaces de proteger los esfuerzos de las economías más débiles, y tenemos que reconocer esa realidad.

La gente, el objeto de nuestros desvelos, espera vivir con más certezas en materias como el trabajo, la salud, la educación, el acceso a la vivienda, garantizar la protección social mediante sistemas solidarios, eficientes, integrales. Esas son las tareas al inicio de este siglo XXI, esas son las tareas en donde un mundo, donde el mercado aparece como un gran dinamizador de las economías y de las interrelaciones sociales, pero donde también tenemos que tener claro los límites del mercado, porque éste es el espacio natural de los consumidores, pero no el espacio natural de los ciudadanos. Los consumidores valen por la cantidad de sus recursos; los ciudadanos valen por el voto que emiten.

Todos somos consumidores, pero con distinto poder de consumo y de compra. Todos somos ciudadanos, pero con igualdad cada uno de nosotros a través del voto que emitimos.

Por eso, los Parlamentos surgen de la decisión ciudadana, que es lo que les da legitimidad y trascendencia a sus tareas. Es en esas tareas donde deben estar, precisamente, para crear las mejores condiciones de equidad y de oportunidades para los más postergados. Todo ello, en el marco del respeto y promoción de normas que hemos acordado multilateralmente y que son parte del patrimonio civilizatorio del planeta, como aquel que nos dice con convicción que todos los seres humanos somos iguales en dignidad y derechos.

Por lo tanto, los parlamentos y los gobiernos tenemos una responsabilidad activa en avanzar hacia esta nueva institucionalidad. Y son, al mismo tiempo esos valores, que forman esa nueva institucionalidad, los que deben instalarse en la diversidad de la historia y la cultura que hombres y mujeres hemos construido a lo largo de los siglos.

La convivencia global que necesitamos es aquella capaz de tener representaciones tan diversas como la de cada uno de ustedes. Por ello esa diversidad tiene que ir acompañada por el respeto, por la tolerancia y por la capacidad de diálogo.

Por eso, creo que la crisis que vivimos en estos días nos trae a todos enseñanzas. Lo primero, es que los 15 miembros, los 5 permanentes y los 10 elegidos en el Consejo de Seguridad, fuimos incapaces de alcanzar un consenso para evitar una conflagración. Todos tenemos que asumir nuestra cuota de responsabilidad en ese fracaso, pero al mismo tiempo, todos tenemos que tener claridad sobre el esfuerzo que hicimos algunos porque siempre pensamos que había todavía un espacio para el diálogo que evitara la guerra.

Ahora, ante el conflicto, digamos que los historiadores siempre han juzgado los resultados de la guerra por los éxitos de la paz que les sigue. ¿Qué paz vamos a construir después de este conflicto? ¿Cuán duradera va a ser?

Entonces, desde esta tribuna quisiera señalar que Naciones Unidas debe jugar un rol preponderante en el proceso de reconstrucción de Irak. El pueblo iraquí debe determinar su futuro político y utilizar y controlar sus recursos naturales. Como ha dicho un estadista europeo en estos días, es indispensable trabajar bien las implicaciones

diplomáticas de los hechos recientes para que el futuro sea un futuro de paz y de una paz que permanece en el tiempo.

De ahí la importancia, hoy más que ayer, del diálogo multilateral; de ahí la importancia del acuerdo en el proceso de toma de decisiones internacionales; de ahí la importancia de esta reunión de ustedes, de esta Unión Parlamentaria Internacional, porque ustedes representan al mismo tiempo la riqueza de la diversidad y los valores compartidos de la humanidad.

Amigos y amigas:

En nuestra lengua, la palabra Parlamento alude tanto a las asambleas legislativas de las que ustedes forman parte, como a la acción de parlamentar, es decir, de conversar con el propósito de poner fin a un estado de beligerancia y restablecer la paz. El Parlamento es ambas cosas, la asamblea legislativa o el propósito de poner fin a un estado de beligerancia.

Un Parlamento es por definición un espacio institucional donde se argumenta racionalmente en favor de las propias posiciones, al tiempo que se escuchan los argumentos del adversario, pero con el ánimo de alcanzar acuerdos.

Hemos avanzado mucho en el siglo XX, porque aprendimos que las cabezas se cuentan, como dice (Norberto) Bovio, y no se cortan.

Es esta vocación por la paz, propia de la labor parlamentaria presente en esta Unión desde su fundación, que debiera volver a oír con más fuerza en estos días.

Como dijo su secretario general hace pocos días: La Unión Interparlamentaria nació... para contribuir a crear un mundo en el que los Estados resolvieran sus diferencias a través del diálogo político y no de la guerra.

El señalaba: ... los ideales de ayer son tan válidos... como lo han sido siempre. Las Naciones Unidas son más necesarias que nunca antes y deben permanecer como la piedra angular de una fuerte y efectiva cooperación global.

Chile comparte estos objetivos del secretario general de la Unión Interparlamentaria y por eso nos alegra que hayan decidido reunirse aquí. Por eso los invito a que en medio de las turbulencias del presente, sean capaces de poner la mirada en aquellos logros que tuvimos en el siglo XX, en aquella institucionalidad que es el germen de la que tenemos que tener en el siglo XXI. Así como ustedes fueron preclaros en el siglo XIX en tener esta Conferencia de la Unión Interparlamentaria como inicio multilateral del siglo XX, ahora ustedes pueden también contribuir a colaborar en el debate de cómo construimos el multilateralismo de las instituciones del siglo XXI, para que todos los pueblos sean iguales en dignidades y derechos.

Es con ese propósito en mente, amigos y amigas, que declaro hoy aquí oficialmente inaugurada esta 108ª Conferencia de la Unión Interparlamentaria. Les deseo éxito en sus deliberaciones. Muchas gracias.